

DIA TRECE.

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR.

San Antonio de Padua, llamado así por la dilatada residencia que hizo en esta ciudad, dichosa también y rica porque posee el precioso tesoro de su santo cuerpo, nació en Lisboa, corte de Portugal, el año de 1195, y en el bautismo se le puso el nombre de Fernando. Fueron sus padres Martin de Bulloens y Maria de Tavera, ambos de antigua y calificada nobleza; pero aun más que por ella, distinguidos por su virtud sobresaliente, en fuerza de la cual no perdonaron medio alguno para dar á su hijo una educación tan digna de su piedad como correspondiente á su ilustre nacimiento.

Ahorrraron muchas lecciones á los maestros el ingenio, la inclinación y el natural de Fernando, que desde luego dió señales de declararse alumno de la virtud. Era su padre oficial en el ejército del rey don Alfonso; y no pudiendo atender por sí mismo á la mejor crianza de aquel hijo, á quien por tantos títulos amaba tan tiernamente, le puso pupilo en los canónigos de la catedral de Lisboa, en cuya escuela se dedicó principalmente á los ejercicios de virtud; y juntando á la ciencia de los santos la aplicación y el estudio de las ciencias humanas, en poco tiempo llegó á ser tan virtuoso como sabio.

Al amor de la virtud se siguió naturalmente el tedio y el disgusto que le causaban todas las cosas del mundo. Conoció sus peligros y resolvió huir de ellos, siendo todo su cuidado buscar en el retiro asilo seguro á su inocencia. Contaba solos quince años cuan-

no tomó el hábito en los canónigos regiares de san Agustin, cuya casa, bajo la advocación de san Vicente, está sita en un arrabal de Lisboa. En poco tiempo fué el novicio dechado y confusión de los más antiguos, siendo el ejemplo y la admiración de todos su fervor, su devoción y su cordura. Pero como las frecuentes visitas de sus parientes turbasen algún tanto la quietud de su retiro, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para retirarse á la abadía de Santa Cruz de Coimbra. Luego que se vió en aquella dulce soledad, olvidando al mundo y á todo lo que en él amaba, se entregó á Dios enteramente. Distribuyó todo el tiempo en la oración, en la lección de la sagrada Escritura y en el estudio de los santos padres, acabando de perfeccionar aquel inocente corazón la contemplación y la penitencia. Tomó Dios de su cuenta el magisterio de Fernando, instruyéndole en la oración; y descollando su mérito á pesar de su humildad, desde entonces le reconocieron todos por uno de aquellos prodigios de virtud que envía Dios á su Iglesia, haciéndolos desear por muchos siglos.

Ocho ó nueve años había empleado nuestro santo en estos fervorosos ejercicios cuando llegaron á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos del seráfico padre san Francisco, que, habiendo pasado á Marruecos á predicar la fe de Jesucristo á aquellos mahometanos, recibieron en premio la gloriosa corona del martirio. Inflamóse el zelo de nuestro Fernando á vista de aquellos ilustres mártires, y se encendió en su corazón un ardentísimo deseo de derramar á su imitación toda su sangre por amor de Jesucristo.

Al deseo del martirio se siguió, como naturalmente, el de trasladarse á una religión que ya daba mártires desde su misma cuna. Sobresaltó esta proposición á los canónigos reglares; pero al fin, todo lo venció la constancia de Fernando. Tomó el hábito de san Fran-

cisco el año de 1221; y no faltó quien contó esta mudanza entre uno de los mayores milagros que obraron los cinco mártires en mucha gloria de su orden. Dejó el nombre de Fernando con el hábito de canónigo reglar y tomó el de Antonio en honor de san Antonio abad, á quien estaba dedicado el convento donde recibió el hábito franciscano.

Creció muy en breve el fervor de fray Antonio á vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa y de la grande austeridad que profesaba la religion Seráfica; tanto, que parecia no poder subir mas de punto el santo odio de sí mismo y desprendimiento de todo y los ejemplos de la mas tierna devocion. Al mismo paso iba creciendo tambien cada dia el feryoroso deseo de derramar su sangre en defensa de la fe; impaciente ansia, que le hacia parecer importuno, solicitando incesantemente de los superiores la licencia para pasar al Africa y dedicarse en ella á la conversion de los moros y de los sarracenos. Obtúvola finalmente; pero luego que se embarcó se sintio malo; detúvole la enfermedad en las costas de Africa todo el invierno, y sintiéndose cada dia mas débil, se vió precisado á restituirse á España. Distaba pocas millas del primer puerto, cuando un temporal arrojó el bajel sobre las costas de Sicilia. Tomó tierra en Mesina, donde tuvo noticia de que se celebraba en Asis un capitulo general de su orden, al que habia de asistir ó asistia ya el padre san Francisco, y con las ansias de conocer al grande patriarca, se encaminó á aquella ciudad

Luego que este le abrazó, descubrió el precioso tesoro que se ocultaba en Antonio, dándole á entender las demostraciones de amor y de estimacion con que le distinguió. No así los demás padres guardianes á quienes se presentó; tuvieronle por un fraile inútil y ninguno le quiso recibir para su convento. Movióse á

compasion el padre Graciani, provincial de la Romania, y llevándosele consigo, le asignó para el desierto de Monte-Paulo, que era un conventillo retirado en lo mas áspero de las montañas. No se le podia proporcionar á fray Antonio soledad mas de su gusto ni mas á propósito para que estuviesen ocultos sus milagrosos talentos. Mas al fin, se llegó el tiempo de que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero, saliendo de debajo del celemin. Enviado á Forli para que recibiese los órdenes sagrados, concurreó con muchos religiosos jóvenes de santo Domingo que iban al mismo fin y se hospedaron tambien en el convento de san Francisco. Sobre comida rogó el padre guardian á estos religiosos que platicasen á la comunidad alguna cosa de edificacion; y habiéndose excusado todos, mandó á fray Antonio que lo hiciese. Subió al púlpito, y habló de repente con tanta dignidad, con tanta elocuencia, con tanta energia, que, asombrados todos, se quejaron de que estuviesen sepultados tan singulares talentos en la soledad de Monte-Paulo. Dió parte el guardian de este suceso al patriarca san Francisco, y mandó el santo que fray Antonio estudiase teología escolástica, antes que se le aplicase al ministerio de la predicacion. Hizo en poco tiempo tantos progresos en ella, que el mismo patriarca le ordenó la enseñase públicamente, y á este fin le expidió una patente en estos precisos términos:

A su muy amado fray Antonio, fray Francisco, salud en Jesucristo. Paréceme que expliques los libros de la sagrada teología á los frailes; pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el ejercicio del estudio no apague en tí ni en ellos el espíritu de la oracion, como lo previene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.

Obedeció el santo y enseñó teología con admiracion en Bolonia, en Montpellier, en Tolosa y en Padua.

Es cierto que los errores del tiempo pedían un sabio teólogo; pero la licencia y el desorden de las costumbres no clamaban menos por un zeloso misionero. Fué san Antonio y con aquel género de fruto que solo es regular en los apóstoles. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que predicó, que concurrían de todas partes á oírle. No cabiendo los auditorios en las iglesias mas capaces, se veía precisado á predicar en las plazas y en los campos; cesaban los negocios, cerrábanse las tiendas y se suspendían todos los oficios hasta acabarse el sermón. A ningún predicador se le oyó nunca con mayor atención, ni con mayor silencio, ni con mayor ansia; pero tampoco ningún otro predicó con mayor fruto. Ordinariamente interrumpían el sermón los sollozos y los llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. Al acabar el sermón se veían frecuentemente venir á postrarse á los pies del santo los mas empedernidos pecadores y los herejes mas obstinados; era tan grande el número de confesiones, que no bastaban para oírlas todos los religiosos ni todos los sacerdotes seculares. No es posible decir el fruto que hizo en pocos años. Predicó en las tierras del Estado eclesiástico, en la Marca Trevisana, en la Provenza, en el Langüedoc, en el Lemosin, en Velay, en el Ducado de Berry, en Sicilia y particularmente en Roma y en Padua, siendo casi infinito el número de conversiones que hizo en todos estos parajes. A la verdad, tampoco se había visto desde el tiempo de los apóstoles hombre mas poderoso en obras y palabras.

Raro enfermo dejó de recobrar la salud después de haber recibido su bendición; y se puede asegurar sin arrojamiento que los milagros hechos por nuestro santo, si no exceden, igualan á los mayores que se habían obrado hasta entonces, tanto en el número como en la calidad.

Confesándose un mozo con el santo, se acusó de que había dado un puntapié á su misma madre. Afeóle Antonio este delito con tanta eficacia y con tanta viveza, que el pobre mozo, aconsejándose solo con el horror que le causó su atrevimiento y con el dolor de haberle cometido, se retira exhalado á su casa, entra en su cuarto y córtase el pié. Noticioso el santo de aquella indiscreta y pecaminosa penitencia, parte apresurado á buscarle, repréndele su indiscreción, pide el pié cortado, aplicale á la pierna y queda de repente unido á ella á vista y con asombro de todos los concurrentes.

Hallábase en Padua cuando tuvo noticia de que su padre, acusado falsamente de un homicidio en Lisboa, estaba en peligro de ser sentenciado á muerte. Pide licencia al superior para marchar á Portugal y en un instante se halla en Lisboa milagrosamente. Visita á los jueces, declara la inocencia de su padre; y viendo que no daban fe á su testimonio, les requiere que el cuerpo del difunto sea presentado en la sala de la audiencia. La novedad del caso había traído á ella toda la ciudad; pregunta al difunto y le manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo que declare en voz alta y perceptible, si su padre era autor del asesinato que se había cometido en su persona; levántose el cadáver y declaró públicamente la inocencia del acusado; y hecha esta declaración, se volvió otra vez á componer en su féretro. La admiración y el pasmo que este suceso causó en los asistentes, es mas fácil de comprenderse que de explicarse. Hizo Antonio una fervorosa plática á toda su familia, exhortándola á la virtud; y en un momento se vió restituido á su convento de Padua.

Quizá no tuvo jamás la herejía enemigo mas formidable. Desarmóla y confundióla. Predicó un día en Tolosa sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en

el sacramento de la Eucaristía; oyóle un famoso hereje y le confesó que sus razones no admitían réplica, mas que para creer necesitaba un milagro. Bien está, le replicó el santo, escoge el que quisieres. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es, que mi mula, estando bien hambrienta, deje la paja y la cebada por postrarse delante de una hostia consagrada. Sea así, repuso Antonio; haz ayunar á tu mula el tiempo que te pareciere. Dejóla el hereje tres dias sin comer bocado y al cabo de ellos toda la ciudad fué testigo del prodigio. Puesta la hostia consagrada delante del animal y una cebadera bien proveida al otro lado, á pesar de la furiosa hambre que la incitaba, dobló las rodillas delante de la sagrada hostia, y hasta que se retiró no hubo forma de probar el pienso que la presentaban. No pudo resistirse la obstinacion á tan portentoso milagro. Convirtiósese el hereje, y á su conversion se siguieron otras muchas.

Subió al púlpito en cierto pueblo marítimo lleno de herejes y de hombres perdidos; ninguno concurrió á oírle; vase á la orilla del mar, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces: *Pues no hay quien quiera oír la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! llenóse la playa de peces, que sacaron luego las cabezas en ademán de atentos; hizoles una patética exhortacion sobre la omnipotencia del Señor y los despidió echándoles su bendicion; milagro que obró la conversion de todo el pueblo.

Todo predicaba en san Antonio: su modestia, su humildad, su mansedumbre, sus gratisimos modales. Primero ganaba los corazones y despues los convertia. Apoderóse de Verona, de Padua y de casi toda la Marca Trevisana el tirano Ezelino; llenó á Italia de carnicería y de terror, burlándose igualmente de las

fuerzas de los príncipes confederados contra él, que de las excomuniones de los sumos pontífices; solo á san Antonio se humilló. Púsole el santo delante los ojos con tanto zelo y con tanta intrepidez el número y la enorme gravedad de sus pecados; afeóle sus crueldades con tanta eficacia y energía, que detuvo el curso de aquel precipitado torrente. Respetóle Ezelino; echóse á sus piés y prometió convertirse. No lo cumplió, pero se contuvo mientras el santo vivió, aunque despues de su muerte volvió á sus primeros desórdenes y tiranías.

Al mismo tiempo que Antonio trabajaba con tanto zelo y con tanto fruto en la conversion de los pecadores, no se olvidaba de atender á las necesidades de su orden. Habia sido electo por general de ella fray Elías, hombre ostentoso y arrogante, de espíritu muy contrario al del santo patriarca. Comenzó á introducir en la Seráfica familia la relajacion y la licencia. Era Antonio provincial de la Romania y se opuso valerosamente á las novedades del general. Recurrió al papa Gregorio IX, en cuya presencia defendió aquel admirable compendio de la santa regla, que se llama *el Testamento de san Francisco*, y conservó en la religion el vigor y el espíritu de pobreza y de austeridad que constituye su verdadero carácter. Citado á Roma fray Elías, fué despojado de su cargo; y como nuestro santo solo se habia movido por el zelo de la mayor gloria de Dios, obtuvo licencia de su Santidad para renunciar su empleo, con privilegio de que nunca se le pudiese obligar á tomar ningun otro de la orden. Quiso el papa detenerle en la corte para servirse de su consejo en los negocios de la Iglesia; pero Antonio, suspirando siempre por el retiro, logró con sus reverentes súplicas le permitiese restituirse á su convento de Padua, donde continuó en las funciones de su apostólico ministerio y tra-

bajó tambien algunas obras espirituales, que fueron de mucha utilidad á toda la Iglesia de Dios.

Apenas se puede comprender cómo un hombre de solos treinta y seis años, de muy delicada salud, y esa sumamente quebrantada por sus excesivas penitencias, pudo en tan poco tiempo conseguir tantos triunfos de los herejes; convertir un sin número de pecadores; enseñar y predicar en las mas célebres ciudades con un séquito jamás oido; correr la Italia, la Francia, la Sicilia y la España con fruto tan universal y llenar el mundo con la fama de sus hechos y portentosas maravillas; efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo. Pocas almas le amaron con mayor ternura y pocas fueron mas tiernamente amadas del Salvador. Comunicóle un elevado don de contemplacion; éranle muy frecuentes las revelaciones, los éxtasis y las visiones. Movido un dia de curiosidad el huésped que le tenia en su casa, quiso acechar lo que hacia en su cuarto, y le vió de rodillas con el niño Jesus en los brazos, que le estaba regalando con dulcisimas caricias; y en este tierno pasaje le representan los mas de sus retratos.

El que amaba con tanta ternura al Hijo, no podia menos de profesar una singularisima devocion á la Madre; y tan precoz, que parecia haber nacido con nuestro Antonio; por lo menos es cierto que en él se anticipó al uso de la razon. Dilatábasele el corazon cuando hablaba de esta Señora, acreditando sus amantes expresiones la ilimitada confianza que tenia colocada en ella. En sus sermones, en sus escritos y en sus conversaciones siempre se habia de hacer lugar á la devocion con la Virgen; y en sus necesidades era el recurso mas regular á algunos de los himnos que canta la Iglesia á esta soberana Reina.

Teniendo revelacion de su cercana muerte. se retiró

á cierta ermita, que se llamaba Campietto, distante una legua de Padua, para vacar á solo Dios. Pero duró poco este retiro; porque, conociendo que ya estaba muy cercana su postrera hora, rogó á los frailes que estaban en su compañía le llevasen al convento. Tuvo el pueblo noticia de que le traian, y concurrió tanta gente á recibirle, que, temerosos los frailes de que le sufocasen, le metieron en el hospicio de los confesores del convento de Santa Clara, donde, recibidos todos los sacramentos con el fervor y con la devocion que acostumbran los santos, pronunciando el himno: *O gloriosa Domina*, que le era tan familiar, entró en el gozo de su Señor el dia 13 de junio del año 1231, á los treinta y seis de su edad y á los diez de haber entrado en la religion de san Francisco.

Luego que espiró se cubrió de luto toda la ciudad, y los niños corrian por las calles gritando: *El santo ha muerto*. Hicieron las monjas de Santa Clara todo cuanto pudieron para quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo; pero no lo consiguieron de los religiosos de san Francisco. El entierro mas pareció triunfo que pompa funeral. El prodigioso número de milagros que obró en su vida y el de los que se repitieron en su glorioso sepulcro, movió al papa Gregorio IX, que le habia tratado y conocido, á mandar se procediese sin perder tiempo á las informaciones necesarias en orden á su canonizacion. Concluyéronse los procesos el año siguiente y expidió el papa la bula en Espoleto en primero de junio de 1232; de manera que la primera fiesta que se celebró de nuestro santo (sin ejemplar hasta entonces) fué puntualmente el primer dia aniversario de su preciosa muerte.

Treinta y dos años despues de ella hizo levantar la devocion de los Paduanos una de las mas suntuosas y mas magnificas iglesias que se admiran en el uni-

verso, adonde fueron trasladadas sus reliquias. Descubrióse la caja y se halló toda la carne consumida; pero la lengua, instrumento de tantas conversiones, así de herejes como de pecadores, tan fresca, tan rubicunda y tan hermosa como si el cuerpo estuviera vivo. Tomóla en sus manos san Buenaventura, general á la sazón de la orden, que asistió á esta traslación; y teniéndola en ellas, exclamó diciendo: ¡O bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios y en hacer que otros le alabasen, tu incorrupcion muestra bien cuán agradable le fuiste! Venérase hasta el día de hoy esta admirable reliquia colocada en uno de los mas primorosos y mas ricos relicarios que se conocen en todo el orbe cristiano. Todos saben la general devoción que profesan los fieles á este gran santo y le universal recurso á su protección en todas las necesidades; pero singularmente para hallar las cosas perdidas. Ignórase cuál fué el verdadero origen de este particular recurso; pero es verosímil no fuese otro que el haberse experimentado tan general su protección en todas las necesidades que acudia á ella la devota confianza. En un manuscrito muy antiguo se lee que un gran devoto de san Antonio, vecino de Lisboa, perdió un precioso anillo, dejándole caer por descuido en un pozo muy profundo; pocos dias despues se cayó en el mismo pozo la herrada con que se sacaba agua de él; y habiéndola extraido un criado, se halló en el fondo de ella el perdido anillo, á cuya vista comenzó el criado á gritar: *Milagro, milagro.*

Todas las maravillas que cada dia está obrando Dios por los méritos de este prodigioso santo se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invoca la devoción á san Antonio:

Si queris miracula, mors, error, calamitas,
Dæmon, lepra fugiunt, ægri surgunt sani:

Cedunt mare, vincula; membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cessat et necessitas;
Narrent hi qui sentiunt, dicant Paduani.

« Si buscas milagros, hallarás que por la intercesión de san Antonio la muerte se retira, el error se desvanece, los trabajos cesan, el demonio huye y la epra se disipa. Los enfermos se levantan repentinamente sanos, el mar alborotado se sosiega y se rompen las prisiones. Acuden á Antonio los jóvenes y los ancianos, así por los miembros como por las demás cosas que perdieron; recobran los primeros y encuéntranse con las segundas. En una palabra, destierra los peligros y ahuyenta la necesidad. Diganlo sino los Paduanos y publiquenlo cuantos lo han experimentado. »

Las reliquias de san Antonio se han distribuido en diferentes lugares de la cristiandad. En Padua se veneran la lengua y la mandíbula inferior, que se exponen á la pública adoración en dos preciosísimos relicarios; en Lisboa un hueso de sus brazos, que fué enviado al rey don Sebastian el año de 1570; y en Venecia la parte de un brazo, colocada en el suntuoso altar que la serenísima República erigió á san Antonio en la iglesia de nuestra Señora de la Salvación.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Padua, san Antonio el Portugués, confesor, del orden franciscano, ilustre por su vida, milagros y predicaciones.

En Roma en la via de Ardea, la fiesta de santa Felícula, virgen y mártir, quien, no queriendo ni casarse con Flaco, ni sacrificar á los ídolos, fué entregada á un juez particular, el cual, hallándola siempre constante en la confesión de Jesucristo, despues de haberla te-

nido en una lóbrega cárcel, matándola de hambre, la mandó atormentar en el potro hasta el último aliento; y de allí la arrojaron en una alcantarilla; de donde la sacó san Nicomedes y la enterró en el mismo camino.

En Africa, los santos mártires Fortunato y Luciano.

En Biblis en Palestina, santa Aquilina, virgen y mártir, que bajo el emperador Diocleciano y el juez Volusiano, sin tener mas que doce años, fué por la fe abofeteada, azotada con varas y punzada con lesnas rusientes; y en fin, traspasada de una estocada, consagró su virginidad con el martirio.

En el Abruzzo citerior, san Peregrino, obispo y mártir, ahogado en el rio Alerno por los Lombardos en odio de la fe católica.

En Córdoba, san Faudilas, sacerdote y monje, que en la persecucion de los Arabes padeció el martirio de cortarle la cabeza.

En Chipre, san Trifilo, obispo.

En Sens, san Agricio, obispo.

En Bron, cerca de Amburnay en Brese, san Ramberto, muerto atrozmente por unos satélites de Ebroin, alcalde de casa y corte en tiempo del rey Tierri.

En Asis, san Victorino, martirizado despues de muchos á quienes habia convertido.

En la diócesis de Gerona, san Evido, venerado como mártir.

En Bostres en Arabia, san Antipatro, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente .

Ecclesiam tuam, Deus, beati Antonii confessoris tui solemnitas votiva letificet; ut spiritualibus semper muniatur auxiliis, et gaudiis perfrui mereatur æternis. Per Dominum nostrum.

Haced, Dios mio, que la solemne festividad de tu confesor Antonio regocije toda la Iglesia; para que, fortificada con los socorros espirituales, merezca disfrutar los gozos eternos. Por nuestro Señor.

La epistola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres : Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo : nos infirmi, vos autem fortes : vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaplus cadimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris : maledicimur, et benedicimus : persecutionem patimur, et sustinemus : blasphemamur, et obsecramus : tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo ; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos : Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo : nosotros débiles, y vosotros fuertes : vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos : somos maldecidos, y bendecimos ; padecemos persecucion, y tenemos paciencia ; somos blasfemados, y hacemos súplicas : hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros ; sino que os aviso como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Es constante que la division que se habia introducido entre los fieles de la iglesia de Corinto obligó á san Pablo á escribirles esta primera epistola para prevenirlos contra las sorpresas del amor propio y del espíritu demasiadamente humano que los movia ; este capítulo cuarto da una idea cabal de los verdaderos ministros del Evangelio y hace ver las prendas por las cuales se les debe estimar. »

REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo es dable que la virtud sea plausible; lo es para los ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único origen de la verdadera felicidad. Andase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas, que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los claustros, en la vida retirada y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un jóven, único heredero de una ilustre casa y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazón de todas las diversiones; á la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le rie, este jóven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida oscura, pobre, humilde y penitente. Pregunto: ¿tendrán mucha parte en esta maravilla ni la razón natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discreción y por su despejo; tan rica como entendida y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo,

un rústico sayal en que se amortaja y entierra todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria ella misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio; pero examinense mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuencias, compárese todo con nuestra natural flaqueza y se hará patente el milagro mas claro que el mediodía.

Nosotros, dice el apóstol san Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo*. Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo están reputadas en el mundo por unas pobres simples. Pero ¿qué importa? ellas son las verdaderamente sabias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas luces de la razón natural, no pueden llegar á ella todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe y es el mismo Jesucristo quien la arregla; míresela con reflexión y se descubrirá el milagro en todos sus efectos.

Padecemos hambre, sed y desnudez, continúa el Apóstol, *nos echan maldiciones, y correspondemos con bendiciones; nos ultrajan de palabra, y hacemos oración por los que nos ultrajan*. ¿Llegó jamás á tanto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, ni la mas perfecta? esos llamados sabios de la Grecia ¿supieron nunca obrar por motivo de pura y neta virtud? aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, ¿no era efecto de las mas fina venganza? el afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida, ¿no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana; su ley, sus máximas, sus

dogmas, todos son prodigios, todas maravillas. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, pág. 251.

MEDITACION.

DE LA PRONTA CORRESPONDENCIA A LA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no habla solo de la hora de la muerte ni del juicio particular el Salvador del mundo, cuando tantas veces nos exhorta en el Evangelio á que abramos la puerta luego que el Señor llame á ella. Entonces inútilmente nos haríamos sordos; cuando llame en aquella hora no tiene remedio, es necesario partir; de nada sirve nuestra modorra ni nuestra insensibilidad, porque ni á una ni á otra se atiende. No siempre viene el Señor como severo juez; durante la vida nos llama muchas veces como padre, como esposo y como amigo; llámanos con sus inspiraciones, con sus piadosos impulsos ó movimientos, con su gracia; tambien habla, advierte y grita por medio de sus ministros, ya en el púlpito y ya en el tribunal de la penitencia; habla al alma de mil modos en los libros espirituales, en los ejemplos de los santos y hasta en los sucesos y reveses de la vida. Pero donde mas ordinaria y mas fuertemente llama, es en la oracion y en la meditacion de las grandes, de las terribles verdades de la religion. Considera de cuánta importancia es estar prontos á su voz, abrirle luego que llama, oírle desde que comienza á hablar. ¡Ah, qué preciosos, qué criticos son estos momentos! Si te niegas á oírle, calla; si no le abres luego, pasa

adelante. Aquella saludable inspiracion, aquella voz de Dios era una pura gracia; pensaba Dios en ti, cuando tú no pensabas en él; queria convertirte al mismo tiempo que eras enemigo suyo, cuando estabas mas anegado en los mayores desórdenes. Pondera bien cuánto vale esta gracia actual; ¿despreciasla? ¿resistesla? pues ya la perdiste. ¡O Dios, y qué pérdida! Perdida una vez esa gracia, ¿con qué industria, con qué medio se podrá recobrar? No hay condenado en el infierno que no haya logrado estos preciosos auxilios; pero ninguno hay que se haya aprovechado de ellos. Dudar en materia de fe es no creer; y deliberar en punto de conversion es ponerse á peligro de no convertirse jamás.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si los santos no hubieran sido prontos á aquellas primeras solicitaciones de la gracia, á las cuales tenia Dios como aligados los grandes auxilios que los elevaron despues á tan eminente santidad, quizá no hubieran sido santos; y de cierto no lo serian tanto. Arriésgase mucho cuando se deja apagar aquella luz sobrenatural que con tanta claridad nos descubre la vanidad del mundo; ¡y cuánto se aventura cuando se cierran los oidos á la voz interior que tan fuertemente nos llama! Si Zaqueo no hubiera bajado prontamente cuando le llamó el Salvador, ¿seria aquel dia de salvacion para su dichosa casa? Nota que el Salvador no le mandó bajar como quiera, sino bajar prontamente: *festinans descendere*; y con efecto prontamente bajó: *festinans descendit*. Apoco que se hubiese descuidado, ya el Salvador se habria ido. Pues tan de paso suele venir la gracia como lo estaba entonces el Salvador; en deteniéndose un poco, ya no es tiempo.